

lamente los veinticinco millones restantes. Y el Universal iba de este modo, á partir del 31 de Diciembre de 1867, á tener un capital definitivo de ciento cincuenta millones, dividido en trescientas mil acciones enteramente liberadas. Unificábase las acciones, se las hacía al portador, para facilitar su libre circulación en el mercado. Esto era el triunfo definitivo, la idea de genio.

—¡Sí, de genio! —exclamaba;— ¡la frase no es exajerada!

Un poco aturrido, Hamelin hojeaba las páginas del proyecto, examinaba las cifras.

—No me gusta este balance tan prematuro— dijo al fin.—Son verdaderos dividendos lo que vais á dar aquí á vuestros accionistas, puesto que liberáis sus títulos; y es preciso estar seguro de que todas las sumas son muy ciertas; de otro modo se nos acusaría con razón de haber distribuido dividendos ficticios.

Saccard se arrebató.

—¡Cómo! ¡Pero si me he quedado corto! Ved, pues, si no he sido razonable: ¿es que los Vapores, es que el Carmelo, es que el Banco turco no van á dar ganancias superiores á las que he consignado ahí? Traéis de allá boletines de victoria, todo marcha, todo prospera, ¡y sois vos quien me discute la certeza de nuestro éxito!

Sonriendo, Hamelin lo calmó con un gesto. ¡Sí, sí! él tenía fe. Sólo que estaba porque las cosas llevaran su curso regular.

—En efecto—dijo dulcemente Carolina—¿por qué apresurarse? ¿No se podría esperar á Abril para ese aumento de capital?..... O mejor, puesto que tenéis necesidad de veinticinco millones más, ¿por qué no emitís las acciones á mil ó mil doscientos francos en seguida, lo que os evitaría anticipar sobre las ganancias del balance próximo?

Sorprendido un instante, mirábala Saccard asombrado de que se le hubiera ocurrido esto.

—Sin duda, á mil cien francos, en vez de ochocientos cincuenta, las cien mil acciones darían justamente los veinticinco millones.

—Pues bien, entonces todo está arreglado—siguió ella.—No temáis que los accionistas se hagan atrás. Lo mismo darán mil cien francos que ochocientos cincuenta.

—¡Ah, sí, ciertamente! ¡Darán todo lo que se quiera! ¡Hasta se pelearían por quién daría más! Están locos, demolerían el hotel para traernos su dinero.

Pero bruscamente, repropiciándose, hizo un movimiento de violenta protesta.

—¡Pero qué es lo que estáis diciendo! ¡No quiero pedirles mil cien francos, á ningún precio! Eso sería verdaderamente demasiado tonto y demasiado simple.... Sabed que en estas cuestiones de crédito, es preciso siempre herir la imaginación. La idea de genio, es sacar á las gentes del bolsillo el dinero que no tienen en él. Al pronto se imaginan que no lo dan, que es un

regalo que se les hace. Y además, ¿no veis el efecto colosal de ese balance anticipado apareciendo en todos los periódicos, de esos treinta y seis millones de ganancia anunciados de antemano, á toda orquesta?... ¡La Bolsa va á arder, pasamos el precio de dos mil, y subimos, y subimos, y no paramos ya!

Gesticulaba, poníase en pie, irguiéndose sobre sus pequeñas piernas; y, en verdad, crecíase, mirando á lo alto, como poeta del dinero á quien las quiebras y las ruinas no habían podido hacer prudente. Era su sistema instintivo, el impulso mismo de todo su ser, aquella manera de mover los negocios, de llevarlos al triple galope de su fiebre. Había forzado el éxito, encendido todas las ansias con aquella marcha fulminante del Universal: tres emisiones en tres años, el capital saltando de veinticinco á cincuenta, á cien, á ciento cincuenta millones, en una progresión que parecía anunciar una prosperidad milagrosa. Y los dividendos también iban á saltos: nada el primer año, después diez francos, después treinta y tres francos, después los treinta y seis millones, ¡la liberación de todos los títulos! Y esto en el recalentamiento engañoso de toda la máquina, en medio de las suscripciones ficticias, de las acciones guardadas por la sociedad para hacer creer en la entrega íntegra del capital, bajo el impulso que el juego determinaba en la Bolsa, donde cada aumento del capital exasperaba el alza!

Hamelin, siempre embebido en el examen del proyecto, no había apoyado á su hermana. Movi6 la cabeza, y volvió á las observaciones de detalle.

—¡No importa! Vuestro balance anticipado es incorrecto desde el instante en que las ganancias no son efectivas..... No me refiero ya á nuestras empresas, bien que ellas estén á la merced de las catástrofes, como todas las obras humanas. Pero veo aquí la cuenta de Sabatani, tres mil y tantas acciones que representan más de dos millones. Vos las ponéis en nuestro pasivo, cuando debíais ponerlas en nuestro activo, puesto que Sabatani no es más que nuestro testafarro. ¿Verdad que podemos decir esto aquí entre nosotros?..... Y ¡mirad! aquí veo igualmente á muchos de nuestros empleados, hasta á algunos de nuestros administradores, todos testafarros; ¡oh! lo adivino, no tenéis necesidad de decírmelo..... Esto me hace temblar, al ver que conservamos un número tan grande de acciones. No solamente no ingresamos sino que además nos inmovilizamos, y acabaremos por devorarnos algún día.

Carolina lo alentaba con sus miradas, porque expresaba todos sus temores, encontraba la causa de aquel sordo malestar que crecía en ella con el éxito.

—¡Ah, el juego! murmuró.

—¡Pero si no jugamos!—exclamó Saccard.— Sólo que es natural que sostengamos nuestros valores, y seríamos verdaderamente ineptos si no

vigiláramos para que Gundermann y los demás no deprecien nuestros títulos jugando contra nosotros á la baja. Si todavía no se han atrevido mucho, esto puede suceder. Por eso estoy contento de tener en nuestras manos un cierto número de nuestras acciones; y, os lo prevengo, como se me obligue á ello, hasta estoy dispuesto á comprarlas ¡sí, las compraría! antes que verlas bajar un céntimo.

Había pronunciado estas últimas palabras con una fuerza extraordinaria, como si hubiera prestado el juramento de morir antes que ser derrotado. Después se apaciguó haciendo un esfuerzo, y se echó á reír con su franqueza un poco burlesca.

—Vamos, ¿es que va á comenzar otra vez la desconfianza? Creía que ya nos habíamos explicado de una vez para siempre sobre todas estas cosas. Ya que habéis consentido en ponerlos en mis manos, dejadme obrar. ¡Yo no quiero más que vuestra fortuna, una grande, grandísima fortuna!

Se interrumpió, bajó la voz, como asustado él mismo de la enormidad de su deseo.

—¿Sabéis lo que yo quiero? Quiero llegar al precio de tres mil francos.

Con un gesto señalaba al vacío, y veía en él como un astro, incendiando el horizonte de la Bolsa, aquel precio triunfal de tres mil francos.

—¡Eso es una locura!—dijo Carolina.

—En llegando á los dos mil francos—declaró

Hamelin—toda nueva alza será un peligro; y, por mi parte, os advierto que venderé, para no tener que ver nada en tal locura.

Pero Saccard se puso á tararear. Se dice siempre que se venderá, y luego no se vende. A pesar suyo los enriquecería. Y sonreía de nuevo, muy cariñosamente, ligeramente burlón.

—Confiad en mí, me parece que no he conducido muy mal vuestros asuntos..... Sadowa os ha hecho ganar un millón.

Aquello era verdad, los Hamelin no pensaban en ello: habían aceptado aquel millón, pescado en las revueltas aguas de la Bolsa. Se quedaron un momento silenciosos, pálidos, con la perturbación de las gentes, honradas todavía, que no están muy seguras de haber cumplido con su deber. ¿Acaso estaban ellos también invadidos de la lepra del juego? ¿Acaso se pudrían en aquel medio mefítico del dinero, donde sus negocios les obligaban á vivir?

—Sin duda—acabó por murmurar el ingeniero;—pero si yo hubiera estado aquí.....

—Vaya, no tengáis ningún remordimiento: ¡se trata de dinero ganado á esos cochinos judíos!

Los tres sonrieron. Y Carolina, que se había sentado, hizo un gesto de tolerancia y de abandono. ¿Habían de dejarse comer, por no comerse ellos á los demás? Esta es la vida. Habría sido necesaria una virtud demasiado sublime, ó la soledad, sin tentaciones, de un claustro.

—Vamos, vamos—continuó Saccard alegre—

mente—no toméis el aire de escupir al dinero: en primer lugar porque es una tontería, y después porque sólo los impotentes desdeñan una fuerza... Sería ilógico que os mataseis trabajando para enriquecer á los demás, y que no tomaseis vuestra legítima parte. De otro modo echaos á dormir.

Dominábalos, no les permitía decir una palabra.

—¿Sabéis que vais á tener pronto en el bolsillo una linda suma?..... ¡Esperad!

Y con una petulancia de colegial, se precipitó á la mesa de Carolina, tomó un lapiz y un papel, y se puso á hacer números.

—¡Esperad! Os voy á hacer vuestra cuenta. ¡Oh, la conozco!..... Teníais, á la fundación, quinientas acciones, dobladas una primera vez, luego dobladas otra, lo que hace actualmente dos mil. De modo que tendréis tres mil después de nuestra próxima emisión.

Hamelin intentó interrumpir.

—¡No, no! Sé que tenéis con qué pagarlas; con los trescientos mil francos de vuestra herencia por una parte, y con vuestro millón de Sadowa por la otra... Vuestras dos mil primeras acciones os costaron cuatrocientos treinta mil francos, las otras mil os costarán ochocientos cincuenta mil, en total, un millón doscientos ochenta y cinco mil francos.... De modo que aún os quedarán quince mil francos para divertirlos, sin contar con vuestro sueldo de treinta mil, que vamos á subir á sesenta mil.

Los dos hermanos lo escuchaban aturridos, y acababan por interesarse violentamente en aquellas cifras.

—Ya veís que sois honrados, que pagáis lo que tomáis.... Pero todas esas son bagatelas. Quería venir á parar á esto.....

Se levantó, y blandió el papel con aire victorioso.

—Al precio de tres mil, vuestras tres mil acciones os darán nueve millones.

—¡Cómo, á tres mil!—exclamaron protestando con el gesto contra aquella obstinación en la locura.

—¡Eh, sin duda! Y os prohibo vender antes. Sabría impedirlo ¡sí! por la fuerza, con el derecho que se tiene á impedir que los amigos cometan tonterías.... ¡Necesito el precio de tres mil francos, y lo tendré!

¿Qué responder á aquel terrible hombre, cuya voz aguda, semejante al cacarear de un gallo, parecía cantar victoria? Se echaron á reír otra vez, afectando encogerse de hombros. Y declararon que estaban muy tranquilos, que jamás se llegaría al famoso precio. Él se había sentado de nuevo á la mesa, donde hacía otros cálculos, su cuenta. ¿Había pagado, pagaría sus tres mil acciones? Esto no se podía asegurar. Hasta debía poseer un número de acciones mucho mayor; pero era difícil saberlo, porque también él servía de testafarro á la sociedad, y ¿cómo distinguir los títulos que le pertenecían? El lapiz alineaba

cifras hasta el infinito. Luego lo tachó todo con un rasgo fulgurante, arrugó el papel y se lo metió en el bolsillo. Aquello y los dos millones recogidos en el fango y la sangre de Sadowa, era su parte.

—Tengo una cita, y os dejo—dijo tomando su sombrero.—Pero estamos de acuerdo, ¿no es esto? Dentro de ocho días el consejo de administración, é inmediatamente después la junta general extraordinaria para votar.

Cuando Carolina y Hamelin se encontraron solos, asustados y fatigados, permanecieron un instante mudos frente á frente.

—¿Qué quieres?—declaró él al fin, respondiendo á las secretas reflexiones de su hermana;—aquí estamos, y no hay más remedio que seguir. Tiene razón al decir que sería una candidez rehusar esta fortuna..... Yo no me he considerado jamás más que como un hombre de ciencia que lleva el agua al molino; y creo que la he llevado clara y abundante, excelentes negocios, á los que la casa debe su prosperidad tan rápida..... ¡Así, puesto que no me puede alcanzar ningún reproche, no nos desalentemos, trabajemos!

Carolina se había levantado vacilante, balbuceando.

—¡Oh! todo ese dinero..... todo ese dinero.....

Y ahogada por una emoción invencible, á la idea de aquellos millones que iban á caer sobre

ellos, se colgó al cuello de su hermano, llorando. Esto era sin duda de alegría, de felicidad al verlo al fin recompensado por su inteligencia y sus trabajos; pero era también de pena, una pena cuya causa no habría podido decir con seguridad, en la que había como vergüenza y miedo. Hamelin bromeó, ambos afectaron reír todavía, y sin embargo, quedaba en ellos un malestar, un sordo descontento de sí mismos, el remordimiento no confesado de una complicidad que manchaba.

—Sí, tiene razón—repitió Carolina—todo el mundo hace eso. Esta es la vida.

El consejo de administración se reunió en la nueva sala del suntuoso hotel de la calle de Londres. Esta no era ya el salón húmedo que ponía verdoso el pálido reflejo de un jardín vecino, sino una vasta pieza que recibía la luz de la calle por cuatro ventanas, y en la que el alto techo y los majestuosos muros chispeaban de oro. El sillón del presidente era un verdadero trono, dominando á los demás sillones, que se alineaban soberbios y graves, como para un consejo de ministros de un rey, alrededor de la gran mesa, cubierta con un tapete de terciopelo rojo. Y sobre la monumental chimenea de mármol blanco, donde en invierno ardían árboles, había un busto del papa, un rostro amable y fino que parecía sonreírse maliciosamente de encontrarse allí.

Saccard había acabado de hacerse el amo de

todos los miembros del consejo, comprándolos simplemente á la mayor parte. Gracias á él, el marqués de Bohain, comprometido en un negocio que frisaba en estafa, cogido con las manos en la masa, había podido ahogar el escándalo pagando á la compañía robada, y se había convertido de este modo en su humilde hechura, sin dejar de llevar alta la cabeza, flor de nobleza, el más bello ornamento del consejo. De la misma manera, Huret, desde que Rougon lo había echado á la calle, después del robo del despacho que anunciaba la cesión de Venecia, se había ligado por completo á la fortuna del Universal, representándolo en el Cuerpo legislativo; pescando para él en las aguas fangosas de la política, guardando la parte mayor de sus desvergonzadas chalanerías que el mejor día podrían llevarlo á Mazas. Y el vizconde de Robin Chagot, el vicepresidente, cobraba cien mil francos de prima secreta por firmar sin examen durante las largas ausencias de Hamelin; y el banquero Kolb se hacía igualmente pagar por su complacencia pasiva, utilizando en el extranjero la potencia de la casa, que hasta llegaba á comprometer en sus arbitrajes; y el mismo Sedille, el comerciante de seda, destrozado á consecuencia de una liquidación terrible, se había hecho prestar una gran suma que no había podido devolver. Sólo Daigremont conservaba su independencia absoluta enfrente de Saccard, lo que inquietaba á éste á veces, bien que el amable

hombre siguiera muy complaciente invitándolo á sus fiestas, firmando todo, él también, sin observaciones, con su finura de parisién escéptico que todo lo encuentra bien, mientras gana.

Aquel día, á pesar de la importancia excepcional de la sesión, el consejo fué llevado con tanta facilidad como los otros días. Se había hecho cuestión de costumbre: no se trabajaba realmente más que en las pequeñas reuniones del 15, y las grandes reuniones de fin de mes sancionaban simplemente las resoluciones, con gran aparato. Era tal la indiferencia de los administradores, que, para que las actas no apareciesen siempre las mismas, de una constante trivialidad en la aprobación general, había sido preciso atribuir á los miembros escrupulos, observaciones, toda una discusión imaginaria que ninguno se asombraba de oír leer en la sesión siguiente, y que firmaban sin reír.

Daigremont se había precipitado á estrechar las manos á Hamelin, sabiendo las buenas, las grandes noticias que traía.

—¡Ah, mi querido presidente, cuánto gusto tengo en felicitaros!

Todos lo rodeaban, lo festejaban, hasta Saccard mismo, como si no lo hubiera visto todavía; y cuando se abrió la sesión, cuando hubo comenzado la lectura de la Memoria que debía presentar á la junta general, escucharon, cosa que jamás hacían. Los grandes resultados conseguidos, las magníficas promesas para el porvenir, el in-

genioso aumento del capital que liberaba al mismo tiempo los títulos antiguos, todo fué acogido con movimientos de admiración. Y nadie tuvo la idea de pedir explicaciones. Aquello en absoluto estaba muy bien. Habiendo Sedille notado un error en una cifra, hasta se convino en no insertar su observación en el acta, para no romper la hermosa unanimidad de los miembros, los cuales desfilaron firmando rápidamente, llenos de entusiasmo, sin hacer ninguna observación.

Ya se había levantado la sesión, y estaban en pie, riendo, bromeando, en medio de los relumbrantes dorados de la sala. El marqués de Bohain contaba una cacería en Fontainebleau; mientras que el diputado Huret, que había ido á Roma, refería cómo había alcanzado la bendición del papa. Kolb acababa de desaparecer, corriendo á una cita. Y los demás administradores, los comparsas, recibían órdenes de Saccard, en voz baja, sobre la actitud que debían tomar en la próxima junta.

Però Daigremont, á quien el vizconde de Roben-Chargot fastidiaba con sus elogios exagerados de la Memoria de Hamelin, cogió del brazo al director para decirle al oído:

—Menos locuras, ¿eh?

Saccard se detuvo y lo miró. Recordaba cuánto había dudado al principio para meterlo en el negocio, sabiendo que era poco seguro.

—¡Ah, el que me ame que me siga! —respondió en voz alta para que lo oyesen todos.

Tres días después celebróse la junta general extraordinaria en la gran sala de fiestas del hotel del Louvre. Para una solemnidad como aquella habían desdeñado la pobre sala desnuda de la calle Blanca; se quería un salón de gala, caliente todavía, entre un banquete de corporación y un baile de boda. Era preciso, según los estatutos, poseer al menos veinte acciones para ser admitido, y acudieron más de mil doscientos accionistas, representando cuatro mil y pico de votos. Las formalidades de la entrada, la presentación de las tarjetas y la firma en el registro se llevaron cerca de dos horas. El ruido de las conversaciones animadas llenaba la sala, donde se veía á todos los administradores y á muchos de los altos empleados del Universal. Allí estaba Sabatani, en medio de un grupo, hablando de Oriente, su país, con voz lánguida y acariciadora, contando historias maravillosas, como si no hubiera más que bajarse para recoger la plata, el oro y las piedras preciosas; y Maugendre, que se había decidido en Junio á comprar cincuenta acciones del Universal, á mil doscientos francos, convencido del alza, lo escuchaba con la boca abierta, encantado de su olfato; mientras que Jantrou, caído decididamente en la crápula desde que era rico, refase por lo bajo, contraída su boca por la ironía, fatigado todavía por la orgía de la víspera. Después del nombramiento de la mesa, cuando Hamelin, presidente de derecho, hubo abierto la sesión, Lavigniere,

reelegido comisario-censor, y á quien se debía ascender á administrador después del ejercicio, su sueño, fué invitado á leer una Memoria sobre la situación financiera de la Sociedad, tal como sería en 31 de Diciembre próximo: aquello era, para cumplir con los estatutos, una manera de comprobar de antemano el balance anticipado de que se trataba. Recordó el balance del último ejercicio, presentado á la junta extraordinaria del mes de Abril, aquel magnífico balance que acusaba un beneficio neto de once millones y medio, y que había permitido, después de extraer el cinco por ciento de los accionistas, el diez por ciento de los administradores y el diez por ciento de la reserva, distribuir todavía un dividendo de treinta y tres por ciento. Después establecía, bajo un diluvio de números, que la suma de treinta y seis millones, dada como total aproximado de los beneficios del ejercicio corriente, lejos de parecer exagerada, quedaba por bajo de las esperanzas más modestas. Sin duda, hablaba de buena fe y debía haber estudiado concienzudamente los documentos sometidos á su examen; pero nada hay más ilusorio, porque para estudiar á fondo una contabilidad, hay que rehacerla en otra, enteramente. Por lo demás, los accionistas no escuchaban. Algunos fanáticos, Maugendre y otros, los pequeños que representaban un voto ó dos, eran los únicos que bebían las cifras, en medio del persistente murmullo de las conversaciones. La comprobación de los co-

misarios-censores, era cosa de poca importancia. Sólo reinó un silencio religioso cuando se levantó Hamelin; y estallaron los aplausos aun antes de que abriese la boca, como un homenaje á su celo, al genio obstinado y valeroso de aquel hombre que había ido tan lejos á buscar toneles de oro para vaciarlos sobre París. Aquello fué desde entonces un éxito creciente, que llegaba á la apoteosis. Se aclamó un nuevo recuerdo al balance del año anterior, que Lavigniere no había podido hacer oír. Pero lo que sobre todo excitó la alegría, fué los cálculos sobre el balance próximo: millones por los Vapores reunidos, millones por la mina de plata del Carmelo, millones por el Banco nacional turco; y la suma no acababa nunca, los treinta y seis millones se agrupaban de una manera fácil, completamente natural, caían en cascada, con un ruido retumbante. Después, ensanchábase aún más el horizonte con las operaciones futuras. Apareció la Compañía general de los ferrocarriles de Oriente, primero la gran línea central, cuyos trabajos estaban próximos, en seguida los enlaces, toda la red de la industria moderna echada sobre el Asia, la vuelta triunfal de la humanidad á su cuna, la resurrección del mundo; mientras que en las vagas lejanías, entre dos frases, alzabase la cosa que no se decía, el misterio, el coronamiento del edificio que asombraría á los pueblos. Y la unanimidad fué absoluta cuando, para concluir, Hamelin llegó á explicar las resoluciones

que iba á someter al voto de la junta: el aumento del capital á ciento cincuenta millones, la emisión de cien mil acciones nuevas á ochocientos cincuenta francos, la liberación de los títulos antiguos, gracias á la prima de estas acciones y á los beneficios del próximo balance, de que se disponía de antemano. Una tempestad de aplausos acogió esta idea genial. Véase, por encima de las cabezas, las manazas de Maugendre palmoteando con toda su fuerza. En los primeros bancos, los administradores y los empleados aplaudían á rabiar, dominados por Sabatani que, puesto en pie, gritaba ¡bravo, bravo! como en el teatro. Todas las resoluciones fueron votadas con entusiasmo.

Entretanto, Saccard había preparado un incidente, que surgió entonces. No ignoraba que se le acusaba de jugar, y quería desvanecer hasta las menores sospechas de los accionistas desconfiados, si los había en la sala.

Jantrou, aleccionado por él, se levantó; y con su voz pastosa dijo:

—Señor presidente, creo hacerme intérprete de muchos accionistas pidiendo que quede bien sentado que la sociedad no posee ni una siquiera de sus acciones.

Hamelin, que no estaba prevenido, quedó un instante perplejo. Volvióse instintivamente hacia Saccard, oculto en su sitio hasta entonces, y que se levantó de pronto, para aumentar su pequeña estatura, respondiendo con su voz aguda:

—¡Ni una, señor presidente!

A aquella respuesta, estallaron de nuevo los bravos, sin saber por qué. Si mentía en el fondo, la verdad era, sin embargo, que la Sociedad no tenía un sólo título á su nombre, puesto que Sabatani y otros la cubrían. Y aquello fué todo, se aplaudió otra vez, y la salida fué muy alegre y muy ruidosa.

En los días siguientes, el acta de aquella sesión, publicada en los periódicos, produjo un efecto enorme en la Bolsa y en todo París. Jantrou había reservado para este momento un impulso supremo de reclamos, la más estruendosa de las tocatas que habían dejado oír hacía mucho tiempo las trompetas de la publicidad; y hasta corrió una broma, se dijo que había hecho tatuar estas palabras: *Comprad acciones del Universal*, en los sitios más secretos y más delicados de mujeres amables, lanzándolas á la circulación. Por lo demás, acababa de dar al fin su gran golpe, la compra de la *Cotización financiera*, aquel antiguo y sólido periódico, que tenía detrás de sí una impecable honradez de doce años. Esto había costado caro, pero la clientela sería, los burgueses miedosos, las grandes fortunas prudentes, todo el dinero que se respeta estaba conquistado. En la Bolsa, en quince días, se llegó al precio de mil quinientos; y este en los últimos días de Agosto, por saltos sucesivos, estaba á dos mil. El entusiasmo había aumentado, el acceso se iba agravando más cada día bajo la fiebre epidémica.

del agio. Se compraba, se compraba, hasta por los más prudentes, en la convicción de que aquello subiría más, de que aquello subiría sin fin. Aquello era las cavernas misteriosas de *las Mil y una Noches* abiertas, los incalculables tesoros de los califas entregados á la codicia de París. Todos los sueños, comunicados al oído hacía meses, parecían realizarse ante el público encantado: la cuna de la humanidad reocupada, las antiguas ciudades históricas del litoral resucitadas de su arena, Damasco, luego Bagdad, después la India y la China explotadas por el ejército invasor de nuestros ingenieros. Lo que Napoleón no había podido hacer con su sable, la conquista del Oriente, lo realizaba una Compañía financiera, lanzando á allá un ejército de azadones y volquetes. Se conquistaría el Asia á fuerza de millones, para sacar de ella millares de millones. Y la cruzada de las mujeres, sobre todo, triunfaba, en las reuniones íntimas de la tarde, en las grandes reuniones de media noche, en la mesa, en las alcobás. Ellas lo habían previsto bien: Constantinopla estaba ganada, se tendría muy pronto á Brusá, Angora y Alepo, más tarde á Esmirna, Trebisonda, todas las ciudades que sitiaba el Universal, hasta el día en que se conquistara la última, la ciudad santa, la que no se nombraba nunca, que era como la promesa eucarística de la lejana expedición. Los padres, los maridos, los amantes, excitados por aquel ardor apasionado de las mujeres, no iban ya á dar sus

órdenes á los agentes de cambio, más que al grito repetido de: ¡Dios lo quiere! Después llegó la espantosa batahola de los pequeños, la muchedumbre que sigue á los grandes ejércitos, la pasión descendida del salón á la cocina, del burgués al obrero y al campesino, y que lanzaba, en aquel loco galope de los millones, á pobres suscriptores que no tenían más que una acción, tres, cuatro, diez acciones, porteras próximas á retirarse, viejas solteronas que vivían con un gato, jubilados de provincias cuyo presupuesto es de diez sueldos por día, curas de aldea empobrecidos por las limosnas, toda la masa pálida y hambrienta de los rentistas ínfimos, que una catástrofe de Bolsa barre como una epidemia y sepulta de un golpe en la fosa común.

Y aquella exaltación de los títulos del Universal, aquella ascensión que los llevaba como impulsados por un viento religioso, parecía hacerse al compás de las músicas cada vez más ruidosas que subían de las Tullerías y del Campo de Marte, de las continuas fiestas con que la Exposición enloquecía á París. Las banderas crujían más sonoras en la pesada atmósfera de los días calurosos, no había noche en que la villa iluminada no brillara bajo el cielo estrellado, como un palacio colosal en cuyo fondo la orgía velase hasta el alba. La alegría se había comunicado de casa en casa; las calles eran una borrachera; una nube de espesos vapores, el vaho de los festines, el sudor de los ayuntamientos